

Los niños de la ciudad de bambú

por Dileep Padgaonkar

Chea Sok San tenía once años cuando se fugó de su Kampuchea natal para refugiarse en la vecina Tailandia. Para un chico de esa edad, estaba particularmente desprovisto de vitalidad, de entusiasmo y de curiosidad. Parecía como si el niño que había en él hubiese desaparecido.

El caso de Chea no es el único. Los millares de niños camboyanos que se encontraban en alguno de los seis "centros de reagrupación", creados para acoger los refugiados después de su peligroso cruce de la frontera se le parecían. Más de cuatro años de hambre, de penosos trabajos en los campos y en las granjas, y de forzada separación de sus padres, los habían dejado débiles, cansados, nerviosos y permanentemente tristes. Esto sucedía en los primeros meses de 1979.

En la actualidad, en el centro de Jao-I-Dang, situado cerca de la frontera con Kampuchea y considerado como la mayor ciudad de bambú del mundo, así como en otros centros de reagrupación, los niños ya no están tan deprimidos, habiendo encontrado una cierta alegría de vivir. Se los puede ver jugar, cantar, dibujar y, sobre todo, estudiar, con un celo que sorprende al observador más avezado.

Trampas para ir a la escuela

"Su entusiasmo por la educación se explica fácilmente", declaraba un docente de la escuela de Jao-I-Dang. "Durante casi cinco años no fueron a

la escuela, no vieron un libro ni tuvieron un lápiz. Ahora son muchos los que quieren a la vez asistir a los cursos de la mañana y a los de la tarde. Se introducen en el primer grupo utilizando su propia tarjeta de identidad, luego lo hacen en el otro, con la tarjeta de un primo o de una tía”.

Una vez instalados en las chozas de bambú con techos de paja, provistos de comida, agua, indispensables condiciones de higiene y atención médica, los cientos de miles de refugiados jmers pidieron con insistencia recibir instrucción. Varios organismos de voluntarios propusieron entonces sus servicios al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, para comenzar un programa educativo.

A fines de 1979 se crearon comités de educación en los centros de reagrupación, compuestos exclusivamente por los responsables civiles y administrativos jmers de los campos de refugiados, y por docentes elegidos entre éstos. Al mismo tiempo, el Alto Comisionado organizaba una comisión consultiva para los niños de Kampuchea. La Unesco, trabajando conjuntamente con la comisión, ayuda a definir las líneas directivas para la promoción de la educación entre los niños refugiados.

La comisión decidió concentrar sus esfuerzos en la educación elemental primaria. También determinó que el contenido de esta educación sería definido por los propios jmers y sólo se emplearían profesores pertenecientes a este pueblo. La Unesco, con los fondos provistos por la Federación Nacional de sus Asociaciones en el Japón, y mediante su Programa de Ayuda Mutua, imprimió todos los manuales necesarios a la enseñanza primaria.

Cómo utilizar los dedos para escribir

La elaboración de estos manuales planteó ciertos complejos problemas. Primeramente porque los niños, incluso los de más de diez años, habían quedado privados de escuela por demasiado tiempo, y ya ni sabían utilizar sus dedos para escribir. Por otra parte, porque continuaban expresándose en un lenguaje infantil y rudimentario, debido a que durante mucho tiempo —en ciertos casos, cuatro años—, no habían podido hablar con adultos. Esta escasa capacidad de verbalización les impedía comprender los símbolos más elementales. Los centros de desarrollo de la educación resolvieron practicar la enseñanza del alfabeto jmer en un modo tradicional. En lugar de enseñar la habitual serie de letras, se escogían aquellas cuyos sonidos recordaban palabras familiares a los niños, y cuya forma se reconociese fácilmente en la vida cotidiana, como una hoja, un bambú, el sol. Cuando les enseñaron a escribir, la elección de las primeras letras fue también dictada por la preocupación de lograr una mayor habilidad manual.

Otros materiales de lectura, cuidadosamente estudiados, fueron asimismo concebidos para remediar progresivamente las dificultades de los



Niños jmers reciben educación preescolar en el centro de reagrupación de Jao-I-Dang para refugiados. (Foto Unesco/E. Hattori).

niños. Se procuró en especial mejorar la capacidad verbal y ejercitar la atención, en particular en sus relaciones con los adultos.

Los niños aprendieron también los rudimentos de los buenos modales y se les inculcaron ciertas nociones de higiene. Se incitó a los padres a participar en la educación de sus hijos. Poco a poco, se confeccionaron libros de canciones (tomadas del repertorio tradicional o compuestas especialmente por los maestros) y un libro sobre las fiestas celebradas fuera de los templos (por ejemplo, los cumpleaños, casamientos, o imposición del nombre a los recién nacidos).

Los manuales de matemáticas y de ciencias también estuvieron pensados en función de lo que los especialistas denominan "insuficiencia de conceptualización" de los niños. Las lecciones deben ayudarlos a pasar progresivamente de lo concreto a lo abstracto. Inicialmente, el niño aprende a contar con sus dedos; luego, con los de sus vecinos; más tarde utilizará dibujos que representan los dedos —primera etapa de la abstracción—; seguirá después con puntos que reemplazan esos dibujos; y, finalmente, aprenderá a reconocer y a utilizar los números.

20.000 manuales escolares

Gracias al Programa de Ayuda Mutua de la Unesco, casi 20.000 textos y otros materiales pedagógicos, que abarcan tres niveles escolares, fueron hasta el momento impresos y distribuidos a más de 40.000 niños. De la impresión se encargó, en parte, la Oficina Regional de la Unesco en Bangkok; en parte, imprentas privadas y, en parte, la imprenta establecida en el centro de reagrupación de Sakeo, no lejos de Jao-I-Dang. Se imprimirán también manuales para las otras clases. Un libro de canciones jmer será publicado en 70.000 ejemplares.

Entretanto, se formaron y continúan formándose nuevos maestros. Durante su período de preparación, que dura de cuatro a seis semanas, reciben nociones elementales de pedagogía y de psicología. Los que ya tienen experiencia, pueden perfeccionarla. Actualmente, está en preparación un programa más ambicioso de formación de maestros. Será más especializado en sus métodos y en su contenido, y de mayor alcance. Se podrán detectar mejor las dificultades de los alumnos, lo que permitirá elaborar un material pedagógico más eficaz. Además, será adaptable a las circunstancias que puedan derivarse de la partida de los maestros a otros centros de reagrupación, a otro país o al mismo Kampuchea.

Al comienzo de este proyecto educativo, un especialista de la Unesco estableció las estructuras básicas de las escuelas primarias y secundarias, las clínicas de pediatría, los centros de alimentación complementarios, los centros infantiles y los centros de desarrollo educativo. Dada la situación de emergencia, se adoptaron soluciones que permitían construir rápidamente. También esta importante tarea fue confiada a los refugiados camboyanos, que contaron para ella con asistencia técnica de la Unesco, del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, de expertos de organizaciones no gubernamentales, y de los organismos de voluntarios que trabajan ya en los campos.

Por primera vez, gatos y nubes

La transformación de los niños se evidencia en las pruebas escolares. Por ejemplo, hay niños de más de diez años de edad que, pese a no haber tenido ninguna instrucción durante cuatro o cinco años, aprendieron a leer y a escribir en seis meses (y a veces menos).

Pero ese cambio es también evidente en sus dibujos. En abril de 1980, la Federación Japonesa de Asociaciones Unesco, con la colaboración de la Unesco y del Alto Comisionado, organizó un concurso de dibujos, en el que participaron más de 500 niños. Muchos de ellos utilizaban lápices de colores por primera vez en sus vidas. La gran mayoría de los dibujos —entre ellos, cinco realizados por Chea Sok San— mostraban escenas de hambre, de brutalidad y de fugas.

Ocho meses después, un equipo de la Unesco y del Alto Comisionado

vio otra exposición de dibujos de los niños de Jao-I-Dang. Lógicamente, todavía se veían escenas de crueldad y de penuria. Pero también aparecían gatos, nubes, pájaros y flores dibujados con esos colores vivos y alegres que caracterizan el arte de los niños del mundo entero.

Lentamente, con dificultades, los niños de la ciudad de bambú han empezado a recobrar su infancia y su dignidad. Pero las duras pruebas del exilio forzoso y la incertidumbre del futuro hacen que les sea difícil creer que su amargo pasado quedó definitivamente atrás.

(Perspectivas de la UNESCO)